

## CAPÍTULO II.

### LA PAZ Y LA GUERRA.

#### § I. — Jesucristo, el príncipe de la paz.

Los profetas hebreos habían anunciado que al advenimiento del Mesías la paz reinaría en la tierra: «Los pueblos convertirán sus espadas en azadas y sus alabardas en podaderas, no levantará ya la espada una nación contra la otra, y nadie se dedicará ya á la guerra» (1). En apariencia, el Imperio romano realizaba estas predicciones. Tal es, al ménos, la creencia de los Padres de la Iglesia. Escuchemos á *San Atanasio* cuando celebra la paz dada al mundo por el Hijo de Dios: «En otro tiempo los Griegos y los Bárbaros se hacían la guerra y se mostraban crueles hácia aquellos que eran de su misma raza. Ninguno podía viajar sin armas, ya por tierra, ya por mar, porque todas las naciones se odiaban con un ódio irreconciliable. Su vida entera la pasaban en los combates; la espada les servía de bastón, era su único sosten. Sin embargo, los paganos adoraban á los dioses y ofrecían sacrificios á los demonios; pero la idolatría no tenía poder alguno para cambiar su manera de vivir. Desde que hubieron recibido la doctrina de Jesucristo, maravillosamente transformados, depusieron su crueldad y no pensaron ya en los combates. La paz es ahora el todo para ellos, la concordia es el objeto de sus más ardientes deseos. ¿Quién es, pues, el que ha producido este cambio, quién

(1) ISAÍAS, II, 4.

ha reunido á los enemigos en el seno de la caridad, sino el Hijo amantísimo del Padre, nuestro Salvador, Jesucristo, que por su amor ha sufrido todo por nuestra salvacion? Desde hace largo tiempo habia predicho la paz. La profecía se cumple. Los Bárbaros en quienes es innata la crueldad, que se muestran furiosos, en tanto que adoran á los ídolos, renuncian de repente á la guerra y se entregan á la agricultura cuando oyen la palabra evangélica. En lugar de armar sus manos de puñales las extienden para orar; en lugar de combatir entre sí luchan contra Satanás y le hacen la guerra con la sabiduría y el valor del espíritu» (1).

*Orígenes* expresa la misma idea (2). *Eusebio* frecuentemente se ocupa de ella: «Antes de la venida de Jesucristo habia tantos imperios como naciones y ciudades; de aquí las guerras incesantes entre pueblos vecinos. Desde el nacimiento del príncipe de la paz, el orden y la tranquilidad reinan en el inmenso Imperio romano» (3). *Eusebio* explica esta revolucion pacífica por la influencia de la religion. «Entre los paganos, los demonios excitaban continuas disensiones. Jesus ha puesto fin á su dominacion y ha pacificado así el mundo» (4). «No se conoce ya la guerra sino de oídas, dice *Crisóstomo*. Desde el Tigris hasta la Inglaterra, las ciudades gozan de la paz; apenas en las fronteras del inmenso Imperio reinan aún algunas hostilidades; si Jesucristo permite que haya invasiones de Bárbaros bajo su reinado, es para despertar á los cobardes que podrian adormecerse en el seno de la pereza» (5).

La paz del Imperio no era sino una tregua. Bien pronto la Europa, invadida por los Bárbaros, fué presa de una guerra universal, permanente. ¿Qué fué entonces de la paz del Mesías? Los teólogos atribuyeron un sentido místico á las palabras de los profetas. Jesucristo dice él mismo que no da la paz, como la da el mundo, sino la paz de Dios (6). La paz romana era una paz falsa: «El

(1) ATHANAS., *De Incarnat. Verbi Dei*, c. 51, 52 (t. I, p. 92 y sig.).

(2) ORIG., *Select. in Psalm. XLV* (t. II, p. 714).

(3) EUSEB., *Præpar. Evang.*, I, 4, p. 10 y sig.

(4) IBID., *Præp. Ev.*, v, I, p. 179 y sig. C. *Demonstrat. Ev.*, VII, I, p. 344 y sig.

(5) CHRYSOST., *in Isat.*, c. II, núm. 5 (t. VI, p. 24 y sig.); *Exposit. in Psalm. 45* (t. V, p. 186, B.).

(6) JUAN, XIV, 27.—ORIGEN., *in Levit.* XVI, 5.

hombre, presa de sus pasiones injustas y violentas, experimentaba dentro de sí mismo la guerra y la disension más cruel. Jesucristo trajo á los hombres la paz verdadera, extinguiendo sus agitacione con su gracia, con su doctrina y con su ejemplo» (1). El espiritualismo cristiano abandonó el mundo á César y á todos los horrores de la guerra, para entregarse al trabajo interior del perfeccionamiento moral. ¿No debe darse una interpretacion más amplia á las profecías mesiánicas? Parece que si Jesucristo procura la paz á las almas, debe tambien procurársela á los pueblos. En este sentido interpretan hoy la doctrina de su maestro los cristianos más celosos; dicen que es incompatible con la guerra, que el principio de la unidad y fraternidad de los hombres tiene por consecuencia necesaria la union armónica de las naciones. La verdad es que el príncipe de la paz no pensó en abolir la guerra, como no pensó en abolir la esclavitud y los demas vicios de la sociedad antigua.

#### § II. — Opiniones de los primeros cristianos acerca del servicio militar.

Sucede con la abolicion de la guerra lo que con la manumision de los esclavos. El cristianismo es muy compatible con la esclavitud, y una experiencia de dos mil años nos ha enseñado que no ménos se concilia con las sangrientas contiendas de los pueblos. Hay, sin embargo, en las tendencias del espiritualismo cristiano una oposicion instintiva contra los horrores de la guerra. Como raza pacífica (2), los primeros fieles veian un crimen en toda efusion de sangre; interpretaban á la letra la ley de Dios que prohíbe matar, y estas palabras de Jesus: «*Todos aquellos que tomaren la espada, perecerán por la espada.*» «No es el asesinato lo que Dios reprueba, dice *Lactancio*; las mismas leyes civiles lo castigan; la prohibicion de Dios se extiende hasta á los actos que los hombres

(1) MASSILLON, *Sermon sobre el día de Navidad* (t. I, p. 83).

(2) CLEMENS ALEX., *Pedag.*, II, 2, p. 157; ἡμεῖς δὲ, τὸ εἰρηναῖον γένος. — ORÍGEN., c. *Cels.*, V, 33; γενόμενοι διὰ τὸν Ἰησοῦν υἱοὶ τῆς εἰρήνης.

consideran como lícitos. Así no es permitido al cristiano tomar las armas; sus armas son la justicia. El precepto divino no admite excepcion alguna. El hombre es sagrado; siempre es un crimen el quitarle la vida» (1). «¿Cómo, exclama *Tertuliano*, ha de ir á la guerra un cristiano, cómo ha de tomar las armas en tiempo de paz, puesto que el Señor nos ha quitado la espada? Desarmando á *San Pedro*, ha desarmado Jesucristo á todos los soldados» (2). *San Basilio* llega hasta á asimilar los homicidios cometidos en tiempo de guerra á los asesinatos voluntarios (3). *San Isidoro* abunda en la misma opinion (4).

En su ardor por la fe, los cristianos más fervientes olvidaban los deberes del ciudadano: «Nosotros no tomamos las armas contra nacion alguna, dice *Orígenes*; no enseñamos á hacer la guerra, porque nos hemos convertido en hijos de la paz por Jesucristo» (5). *San Paulino* escribe á un oficial aconsejándole que renuncie á la carrera de las armas, porque no debe ser ministro de la muerte; añadiendo que no debe sus servicios al Emperador sino á Dios (6). *San Martín*, alistado á pesar suyo como hijo de veterano, abandonó el ejército diciendo: «Yo soy soldado de Jesucristo, no me es permitido combatir» (7). Los legionarios que se convertian desertaban en gran número de las banderas; los hubo que sufrieron el martirio por su obstinacion en rehusar el servicio militar (8).

(1) LACTANT., *Divin. Inst.*, VI, 20.—Tal es tambien la opinion de LUCIFER DE CAGLIARI en su tratado *Moriendum pro Filio Dei*.

(2) TERTULL., *De idolatr.*, 19. En el tratado de la *Corona* (c. 11), escrito despues de su caída, TERTULLIANO insiste con más energia sobre la incompatibilidad del servicio militar y de la vida cristiana.

(3) BASILIO priva á los culpables de la comunión durante tres años (*epist. ad Amphil.*, can. 8, 13). La opinion de Basilio ha quedado como la idea dominante de la Iglesia oriental, ménos agitada por las pasiones guerreras que el Occidente. Un emperador de Constantinopla quiso tributar los honores del martirio á los soldados muertos en la guerra contra los infieles. El patriarca, los obispos y los principales senadores se opusieron á ello, fundándose en la autoridad de BASILIO (*Gibbon*, c. 43).

(4) ISIDOR. PELUS., *epist.* IV, 200.

(5) ORÍGEN., c. *Cels.*, V, 33.

(6) PAULIN., *epist.* 25.

(7) SULPIC. SEVER., *De Vita Martini*, c. 3.

(8) TERTULLIAN., *De Corona*, 11.—NEANDER, *Gesch. der christl. Relig.*, I, 249.

Si estos sentimientos hubieran prevalecido, ¿qué hubiera sido de la sociedad? «Que el mundo romano llegue á ser cristiano, decía *Celso*, y se verá entregado sin defensa á los golpes de los Bárbaros, y vuestra religion misma perecerá en la ruina general» (1). La acusacion del filósofo romano ha sido reproducida por un filósofo moderno. Conocida es la célebre proposicion de *Bayle*, «que los verdaderos cristianos no formarían un Estado que pudiese subsistir.» *Montesquieu* combatió vivamente lo que consideraba como una injuria á la religion. *Voltaire* vino en ayuda de *Bayle* (2). Le fué fácil responder á *Montesquieu*, con el Evangelio en la mano. El ilustre publicista, al decir que «los verdaderos cristianos comprenderían muy bien los derechos de la defensa natural», olvidaba las palabras de Jesucristo y la doctrina de los Padres de la Iglesia. Nada prueba mejor cuán fuera de la vida real se hallaban los discípulos de Cristo que la singular respuesta de *Orígenes* á las censuras de *Celso*: «Los cristianos no toman las armas, pero son más útiles al Estado que las legiones; dirigen sus oraciones á Dios por la salvacion de sus conciudadanos y ahuyentan á los demonios que turban la paz y excitan la guerra» (3).

Era imposible que esta contradiccion entre el estado social y los sentimientos de los cristianos se perpetuase, porque la sociedad hubiera perecido. El sentido político de la raza romana rehusó aceptar las consecuencias que emanaban de la abnegacion predicada en el Evangelio. Una carta del tribuno *Marcelino* á *San Agustin* nos da á conocer las objeciones que se dirigian á la doctrina cristiana: «¿No está en desacuerdo con la constitucion del Estado, cuando prescribe que no se vuelva mal por mal, que presenteis la otra mejilla al que os ha herido, y que se dé la túnica al que ha tomado la capa? ¿Será, pues, necesario que nos dejemos despojar por el enemigo? ¿El derecho de guerra no permitirá ya represalias contra los Bárbaros que invaden el Imperio?» Escuchemos la respuesta del gran doctor del Occidente.

(1) CELS., ap ORÍGEN., c. *Cels.*, VIII, 68.

(2) BAYLE, *Continuacion de pensamientos diversos*, art. 124.—MONTESQUIEU, *Espíritu de las leyes*, XXVI, 6.—VOLTAIRE, *Diccionario filosófico*, en la palabra *Esénios*.

(3) ORÍGEN., c. *Cels.*, VIII, 74, 75.

Da satisfaccion á las exigiencias legítimas de la sociedad: «Si la ley cristiana censurase todas las guerras, hubiera dicho á los soldados que en el Evangelio preguntan por el camino de la salvacion, que arrojasen sus armas y abandonáran la milicia. Pero les ha dicho solamente: *Absteneos de toda violencia y de todo fraude, y contentaos con vuestra paga*. Aquellos, que creen que el cristianismo es contrario al Estado, formen un ejército de soldados tales como los quiere nuestra doctrina, y digan si se atreven que es enemiga de la República, ó confiesen más bien que, bien observada, es su salvacion» (1). ¿Quién se halla en el verdadero cristianismo, los primeros fieles que desertaban de las legiones ó *San Agustin*? Cuando se coloca uno en el punto de vista del espiritualismo evangélico, es cierto que la guerra, el servicio militar y las funciones civiles no tienen razon de ser; no se concibe ni aún su posibilidad. Pero este espiritualismo es tan falso, que resultarían imposibles las más sencillas relaciones de la vida pública si se hubiera tomado en serio el Evangelio. Sucedió con la guerra lo que con todas las fases de la vida; la verdad y la fuerza de las cosas triunfaron de las exageraciones cristianas. Lo cual no impide á los escritores políticos, aún al mismo *Montesquieu*, el honrar al cristianismo por sentimientos é ideas que se hallan en oposicion completa con la enseñanza de Jesucristo.

### § III.—La guerra bajo el punto de vista cristiano.

Al abstenerse del servicio militar, los cristianos estaban inspirados por la caridad y la dulzura de la ley evangélica, pero no se elevaron á la idea de paz; daban un sentido místico á la paz y la buscaban más bien en el cielo que en la tierra. A sus ojos se confunde con la vida eterna: «La paz verdadera, dice *Agustin*, es la de la ciudad celeste, consiste en una union muy ordenada y muy

(1) AUGUSTIN., *epist.* 136; 138, 15. C. *ep.* 189, 4; *De Civ. Dei*, I, 21.—ATANASIO dice que en una guerra justa es permitido y aún glorioso dar muerte (*epist. ad Ariunem*, t. II, p. 960, D.).

perfecta para gozar de Dios y para gozar los unos de los otros en Dios.» En cuanto á la paz de este mundo, los cristianos veían en ella, á la verdad, un gran bien, pero temían darle una importancia demasiado grande, puesto que despues de todo no es sino un bien temporal (1).

A pesar de sus sentimientos pacíficos, los Padres de la Iglesia no reprueban la guerra. La consideran como una de las fases del mal, la aceptan como una necesidad (2), como un castigo divino: «La guerra, dice *San Efremito*, las hambres, las pestes y todas las calamidades son enviadas por Dios para castigar y corregir á los hombres y para inclinar las almas á la piedad. Todas las generaciones tienen necesidad de ser visitadas por la cólera de Dios» (3). *San Crisóstomo* nos enseña que los males de la guerra hacían dudar á muchos fieles de un gobierno providencial. El orador responde que los pecados de los hombres son los que producen estos males; que si todos viviésemos la vida de los ángeles como los monjes, no se verían ya estas calamidades que afligen al mundo. Las desgracias de la guerra son castigos de que Dios, en su bondad, se sirve para corregir á los hombres (4). Sin embargo, los Padres de la Iglesia piensan que las luchas del hombre contra su semejante son un crimen contra la fraternidad (5). Las guerras son casi siempre provocadas por una pasión criminal: la ambición. Suponed aún, dice *San Agustín*, que la guerra sea justa: «¿Sienta bien á un pueblo virtuoso regocijarse con la extensión de sus fronteras? Este engrandecimiento tiene por causa la iniquidad de sus vecinos que, atacándole sin razón, le han proporcionado una ocasión de engrandecerse; pero ¿no debemos deplo-

(1) AUGUSTIN., *De Civ. Dei*, XIX, 11, 12, 13, 16.

(2) *IBID.*, *epist.* 189, 5.

(3) EPHRAEM., *Op.*, t. III, p. 50 y sig.—C. AUGUST., *De Civ. Dei*, XIX, 15: «*Omnis victoria, cum etiam malis provenit, divino iudicio victos humiliat, vel emendans peccata, vel puniens.*» *IBID.*, I, 1: *Providentia solet corruptos hominum mores bellis emendare atque conterere.*

(4) CHRYSOST., *ad popul. Antiochen.* *Homil.* VII, 3 (t. II, p. 87 y sig.); *adv. oppugnator. vita monast.*, III, § 10 y sig. (t. I, p. 92 y sig.).

(5) Se encuentra en CIPRIANO (*epist.* I, p. 4, C) una violenta declamación contra la guerra: «*Madet orbis mutuo sanguine, et homicidium cum admittunt singuli crimen est, virtus vocatur, cum publice geritur. Impunitatem sceleribus acquirit, non innocentia ratio, sed savitia magnitudo.*»

rar la iniquidad de nuestros adversarios? Y si la guerra es injusta, ¿es otra cosa que un bandolerismo en grande?» (1).

La antigüedad exaltaba á los conquistadores; veneraba á los héroes como dioses. Sin embargo, los estóicos hicieron ya ruda guerra á estos usurpadores de la gloria. La caridad cristiana dió nueva fuerza á las protestas de la conciencia humana contra la guerra. «¡Hé aquí, pues, exclama *Lactancio*, vuestro camino hacia la inmortalidad! Destruir las ciudades, devastar las tierras, exterminar los pueblos libres ó esclavizarlos. Cuanta más ruina han producido, cuanto más han saqueado, cuantos más hombres han matado, tanto más nobles é ilustres se creen; disfrazan sus crímenes con el nombre de virtud. El que da muerte á una sola persona es considerado como un criminal. Matad millares de hombres, inundad de sangre la tierra, infectad los ríos con los cadáveres, y se os da un lugar en el Olimpo. Si es permitido á un mortal subir á la morada de los inmortales, dice *Escipión el Africano* en *Ennio*, yo mejor que otro alguno tengo el derecho de entrar en ella. Indudablemente, dice *Lactancio*, porque ha destruido una parte del género humano. ¡Oh *Africano*, en qué profundas tinieblas vivías! ¡Cual era tu ceguedad, oh *Ennio*, al creer que la sangre y el homicidio abren el cielo á los hombres! Si la inmortalidad no pudiera adquirirse sino á costa de semejantes hazañas, debiera preferirse la muerte á la vida» (2).

El cristianismo, así como el pörtico, busca la dicha en la virtud. Pero, ¿cómo habían de constituir las conquistas la felicidad de un Estado? *San Agustín* muestra que Roma era desgraciada, á pesar de sus victorias (3). Los estóicos, aunque persiguiendo á los conquistadores con sus invectivas, no pensaban en disminuir el imperio del mal, atacando la guerra. A sus ojos, la guerra no era un mal mayor que las enfermedades ó la pobreza. El cristianismo tiene la misma tendencia. Lo que aflige á *San Agustín* en la guerra no es la muerte de algunos hombres; ¿no han de morir un día? El deseo de la venganza, de hacer daño, la ambición,

(1) AUGUSTIN., *De Civ. Dei*, IV, 15; XIX, 7; IV, 6.

(2) LACTANT., *Divin. Inst.*, I, 18.

(3) AUGUSTIN., *De civitate Dei*, III, 17; IV, 3.

hé aquí lo que reprueba en las luchas de los pueblos. Sin embargo, los cristianos no van tan lejos como los estóicos. Sería necesario haber perdido el sentido de la humanidad, dice San Agustín, para negar las calamidades de la guerra. La caridad cristiana conduce irresistiblemente á moderar los horrores de los combates: «Si la república terrestre observase los preceptos del Evangelio, la guerra misma no se haría sin humanidad, y bajo el consorcio apacible de la religion y de la justicia, los vencidos serian más fácilmente perdonados» (1).

Pero, ¿cómo hacer penetrar «los preceptos cristianos en la república terrestre»? La antigüedad era la edad de la guerra, y las invasiones de los Bárbaros iban á hacer del Imperio romano un inmenso campo de rapiña y de carnicería. En medio de este desbordamiento de la fuerza bruta, la voz apacible del Evangelio no podía hacerse oír. No quedó á la religion más que una obra de reparacion despues del combate. La beneficencia de la Iglesia se esforzó en devolver la libertad á los desgraciados prisioneros que, á falta de rescate, el cruel vencedor entregaba muchas veces á la muerte. Vióse á los obispos vender los vasos sagrados y hasta sus albas para rescatar cautivos. La leyenda de *San Paulino* idealiza la caridad cristiana: se entregó él mismo como esclavo, dicen, para rescatar al hijo de una pobre viuda (2).

#### § IV.—Influencia del cristianismo sobre el desarrollo de los sentimientos pacíficos.

Seguiremos á la caridad cristiana al traves de las guerras incesantes de la Edad Media: si perdió algo de su primer ardor, nunca lo agotó enteramente. Pero sucedió lo que era inevitable. Las pasiones guerreras de los pueblos del Norte llegaron á ser

(1) AUGUSTIN., c. *Faust.*, XXII, 74; *De Civ. Dei*, XIX, 7; ep. 189, 6; ep. 137, 14.

(2) El rescate de cautivos fué la ocupacion de los últimos años de SAN PAULINO; pero el rasgo referido por la leyenda, y celebrado en los *Mártires de CHATEAUBRIAND* bajo un nombre ficticio, es dudoso (VILLEMAIN, *Cuadro de la elocuencia cristiana*, p. 371).

contagiosas. Veremos á la Iglesia asociarse á los conquistadores y aún provocar la conquista para extender el Evangelio. El cristianismo ha tenido sus guerras sagradas, las más largas y sangrientas que han asolado al mundo. Lanzada una vez en este camino de la violencia, era difícil á la Iglesia el detenerse. Llevó á sus luchas interiores las pasiones que la animaban en las guerras contra los infieles; manchó la sangre á aquella religion de paz. La autoridad que se reconocía en los libros sagrados de los judíos llegó á ser un ejemplo funesto para los cristianos. Orígenes procuró en vano dar una interpretacion simbólica á las atrocidades que manchan el Antiguo Testamento; los hechos no podían ser negados y se creyó que eran divinos. «Las crueldades cometidas por los Hebreos en las guerras sagradas, dice *Agustín*, no son crueldades, porque Dios es quien las ha ordenado; y, ¿cómo creer, sin una horrible impiedad, que Dios sea cruel?» (1). De aquí se dedujo que no había deber de humanidad para con los enemigos de Dios.

Es necesario tener en cuenta respecto de la Iglesia las circunstancias en que se ha desarrollado. Cuando la invasion de los pueblos del Norte parecía amenazar á la sociedad con una próxima disolucion, no se podía pensar en inspirar la caridad evangélica á los combatientes. La Iglesia, aunque luchando contra la brutalidad de los Bárbaros, fué ella misma arrastrada por el espíritu general que condenaba. Pero esta explicacion no justifica al cristianismo de la sangre que se ha derramado en su nombre y por su causa. Las guerras contra los infieles, las cruzadas contra los herejes, y más tarde las guerras de religion que cubrieron la Europa de sangre y de ruinas, son debidas, no á la barbarie germánica, sino á la intolerancia que es esencial á toda religion revelada. Tal es la funesta influencia del odio que alimentan las divisiones religiosas, que la Iglesia misma olvida el sentimiento de caridad en sus relaciones con los pueblos paganos ó con los herejes. No podemos, pues, aceptar el juicio de *Montesquieu*. Segun él «somos deudores al cristianismo en el gobierno de cierto derecho político, y en la guerra de cierto derecho de gentes que la naturaleza hu-

(1) AUGUSTIN., *Quest. in Josum Nave*, XVIII.

mana nunca agradecerá bastante. Este derecho de gentes es el que hace que, entre nosotros, la victoria deje á los pueblos vencidos estas grandes cosas: la vida, la libertad, las leyes, los bienes, y siempre la religion » (1). El autor del *Espíritu de las Leyes* se hace ilusiones sobre la accion ejercida por el cristianismo, al atribuir exclusivamente á la religion sentimientos que son producto de la civilizacion moderna; ahora bien, en esta civilizacion hay elementos extraños, y alguna vez hostiles á la religion cristiana. No es esto decir que la caridad evangélica haya permanecido inactiva en medio de los horrores de la guerra. Cuando sus intereses ó sus pasiones no se han cruzado por medio, la Iglesia ha predicado siempre la paz. Si ha habido alguna tregua en las incesantes hostilidades de la Edad Media, se debe á la Iglesia. Para hacer sagrada la paz se la atribuyó á Dios. Bajo la influencia de las predicaciones cristianas los sentimientos pacíficos penetraron en las costumbres; á pesar del prestigio que la gloria militar tenía para las razas conquistadoras, la paz fué considerada como un deber para las sociedades cristianas. ¿Qué importa que el pontificado no haya llegado á establecerla? El ideal de la paz ha entrado en la conciencia general. Este es el principio de un movimiento cuya accion se extiende con un poder siempre creciente.

(1) MONTESQUIEU, *Espíritu de las leyes*, XXIV, 3.

## LIBRO QUINTO.

### LAS RELACIONES INTERNACIONALES.

#### CAPÍTULO I.

##### COMERCIO.— COMUNICACIONES.

La religion es esencialmente un vínculo de unidad. En la antigüedad los cultos eran nacionales, particulares, individuales: la division que separaba á los hombres reinaba igualmente entre los dioses. Este principio de aislamiento y de hostilidad impidió el desarrollo de los gérmenes de union que contiene toda concepcion religiosa. En las teocracias, la religion llamada á consagrar las castas levanta entre los hombres una barrera casi insuperable, puesto que es obra de Dios; los extranjeros, considerados como impuros, parecen no pertenecer á la raza humana; no hay vínculo religioso sino entre los miembros de la misma casta. En los pueblos del Occidente las castas desaparecen; el culto, aunque permanece local, tiene algunos elementos de unidad, se extiende á las ciudades, á las naciones. Pero el politeísmo, procediendo de la idea de la pluralidad, no podia fundar la unidad. El cristianismo descansa sobre la unidad de Dios y de la creacion. Este dogma, desarrollado hasta sus últimas consecuencias, no admite division alguna entre los hombres; son todos hermanos, no forman sino una sola fa-